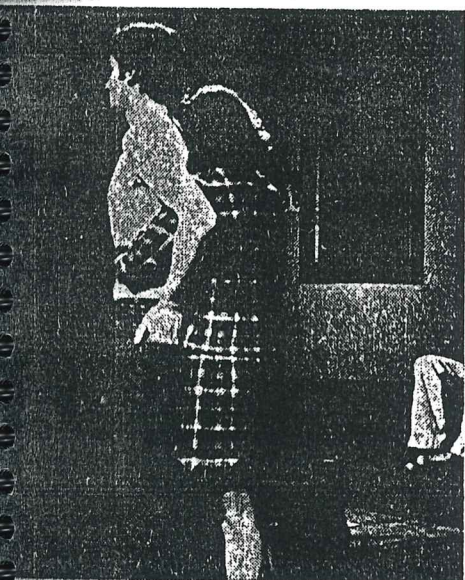




EN BUSCA DE AFECTO
Gonzalo Robles y Coca Guazzini

y un loro, pieza de Andrés Pizarro con que *Imagen* reinaguró un cómodamente refaccionado Teatro Petropol (Villavicencio 349) nace de hondas y seguramente autobiográficas vivencias de su autor. Y el espectáculo supo proyectarlas al público.

En una nota del programa, el poeta Jorge Teillier habla de Pizarro, 40, como representante "de nuestra generación golpeada", uno de cuyos signos más característicos sería el fracaso matrimonial o de la convivencia de la pareja. "¿Qué queda ya —se pregunta Teillier— como en la canción— de nuestros amores de hace 20 años?"

La obra transcurre a mediados de la década del 60, con aquellas minifaldas que ahora parecen tan lejanas como las crinolinas. Ofrece un cuadro de personajes desubidos frente a la vida que no logran un equilibrio, ni hallar un rincón que puedan sentir como propio. Su principal característica es la inestabilidad, la inmadurez emocional. Anhelan alcanzar una relación durable pero fracasan una y otra vez.

Tomás y Laura (Gonzalo Robles, Coca Guazzini) estuvieron casados y tienen un hijo. Ahora están separados pero se siguen viendo, como si no se reconciliaran con el amor perdido y, a golpes y tropezones, quisieran revivir lo que ya no puede ser. Hay en ellos y también en Gabriela (Shlomit Baytelman) —amante de Tomás— un afán de relación estable, constantemente frustrado por su propia incapacidad de entrega emocional. La aridez y desorden de la buhardilla o taller en que vegeta Tomás es como un reflejo de la vida interior de los personajes.

Ese ambiente lo recrea Andrés Pizarro con un diálogo ágil y abundante humor; paralelamente, no pretende defender ni justificar a sus personajes, sino simple-

mente presentarlos como son. La imagen resultante es a la vez dura, casi cruel y de una gran empatía y compasión.

La dirección de Gustavo Meza —en forma de teatro a la redonda— supo recrear este ambiente y elementos en forma muy acertada. Igualmente importante es su trabajo con los actores. Tanto en el caso de los ya nombrados, como aquel de Juan Cuevas (como Manuel), los actores progresaron y se enriquecieron en relación con su labor anterior.

El resultado es un buen espectáculo que merece una favorable acogida del público, junto a una obra que lanza a un nuevo autor nacional. Sólo cabe desear que Andrés Pizarro siga escribiendo teatro.

RESEÑA (2)

Progreso en Las Condes

□ Con una obra de Neil Simon, el autor de comedias más exitoso de EEUU

Hace algún tiempo no faltaban quienes se negaban a tomar en serio a Neil Simon. Escribía comedias y había años en que sus derechos de autor subían el millón de dólares y temporadas en que tres obras suyas figuraban —a sala llena— en la cartelera de Broadway. Tanto éxito tenía que ser irreconciliable con la calidad.

Sin embargo, Simon podía compartir con Woody Allen el título de antipoeta de una neurosis llamada Nueva York. Su humor está enraizado en los mil y un problemas, grandes y pequeños, que surgen del vivir y sobrevivir en la gran ciudad. Es

la angustia transformada en un flujo de humor casi obsesivo, que se traduce sobre todo en un diálogo que va de ida y vuelta entre los personajes con la misma velocidad y vericuetos que una pelota de pinpón, cuando los jugadores son chinos.

Simon no es un apóstol del complejo de inferioridad como Woody Allen, sino fundamentalmente un autor costumbrista y en *El prisionero de la Segunda Avenida* (Teatro Municipal de Las Condes) da rienda suelta a la actitud del neoyorkino hacia su ciudad, como cuna de desastres mil. La supervivencia en el trabajo, los ubicuos ladrones en cuanto alguien se descuida, los calores y fríos excesivos, la vecindad nada buena en un edificio de departamentos. Y como, en medio de todo aquello, Mel se convierte en un solo nudo interior, mientras Edna, su mujer, hace lo humanamente posible por apoyar y ayudarlo. Pero lleva las de perder.

Como la mayoría de las obras de Simon (*Pareja desaparecida*, *Plaza Suite*, por ejemplo) fue llevada al cine. Con el nombre *Prisionero de sí mismo*, interpretada por Jack Lemmon y Anne Bancroft, se estrenó el año pasado en el cine España; pero pasó casi inadvertida, como tantas veces sucede con el teatro filmado.

Ahora debiera irle mejor: dirigida por Hugo Miller, la comedia es el mejor espectáculo que la Compañía de Kanda Jaque ha presentado hasta la fecha en el Teatro de Las Condes. La interpretación de Malú Gatica y Walter Kliche, como la atribulada pareja del *Prisionero*, chispea gracias al ritmo que el director impuso al diálogo. Más débil, a pesar de un personaje bien compuesto por Armando Fenoglio, es la escena en que los parentes llegan de visita. Pero —de seguirse trabajando— puede alcanzar el mismo nivel que el resto de un espectáculo que, fuera de cumplir con su cometido de entretener, también tiene un trasfondo serio, interpretado con humor a granel.

Hans Ehrmann ■



NUEVA YORK: DIFÍCIL SUPERVIVENCIA
Malú Gatica y Walter Kliche

Nº 2196
1977